

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Mientras sueñas*

© Esperanza Arcos Ortega

Julio 2015

ISBN: 978-84-606-9917-0

Depósito legal: MA 1129-2015

Ilustración original: Esperanza Arcos Ortega

Ilustración digital: Mª Adela Contreras López

Diseño de portada y maquetación: Alexia Jorques

Editorial: José Cañas Gálvez

*Dedicado a los que se marcharon pero siguen en mi corazón.*

*Cada ejemplar de este libro colabora con la* ***Fundación Luis Olivares de Málaga*** *apoyando la extraordinaria labor que realiza para los niños y adolescentes enfermos de cáncer haciéndolos más felices a ellos y a sus familias*

**

Índice

[**Capítulo 1 1**](#_Toc420444376)

[**Capítulo 2 10**](#_Toc420444377)

[**Capítulo 3 19**](#_Toc420444378)

[**Capítulo 4 29**](#_Toc420444379)

[**Capítulo 5 39**](#_Toc420444380)

[**Capítulo 6 50**](#_Toc420444381)

[**Capítulo 7 56**](#_Toc420444382)

[**Capítulo 8 64**](#_Toc420444383)

[**Capítulo 9 71**](#_Toc420444384)

[**Capítulo 10 79**](#_Toc420444385)

[**Capítulo 11 87**](#_Toc420444386)

[**Capítulo 12 94**](#_Toc420444387)

[**Capítulo 13 105**](#_Toc420444388)

[**Capítulo 14 113**](#_Toc420444389)

[**Capítulo 15 121**](#_Toc420444390)

[**Capítulo 16 132**](#_Toc420444391)

[**Capítulo 17 140**](#_Toc420444392)

[**Capítulo 18 152**](#_Toc420444393)

[**Capítulo 19 160**](#_Toc420444394)

[**Capítulo 20 168**](#_Toc420444395)

[**Agradecimientos 17**](#_Toc420444396)**7**

[**Esperanza Arcos Ortega 17**](#_Toc420444397)**9**

# Capítulo 1

Madrugar un sábado no me resultó desagradable y mucho menos si el motivo era despertar a mi hijo que se iba a pasar unos días a la nieve con su padre.

—Despierta, remolón, levántate ya —dije a Javier haciéndole cosquillas por la espalda.

—Mami, déjame que es muy temprano —refunfuñó acurrucándose bajo el edredón.

Eran casi las ocho de la mañana y Carlos no tardaría en llegar. Yo tenía todo listo, la maleta estaba cerrada y su equipo de esquí preparado. Solo quedaba que mi hijo se levantase y desayunase rápido. Subí enérgicamente la persiana para que el sonido participara en despertarle pero ni se inmutó así que encendí la luz y reaccionó como supuse, ocultándose bajo el edredón para no deslumbrarse. Sin embargo, Javier recordó que se iba a esquiar pues de un brinco saltó de su guarida catapultado hacia el suelo enérgicamente.

—¡Hostias, la nieve! —gritó efusivo.

—¡Javier, esa lengua! ¿Cuántas veces te he dicho que no hables así? Vístete y desayuna sin entretenerte —ordené con autoridad.

Revisé de nuevo la maleta para comprobar que no faltase nada, era la segunda vez que lo hacía, tenía que asegurarme que había suficiente ropa dentro. Tres días en la estación de esquí bastaban para utilizar parte del armario, y sobretodo tratándose de mi hijo, un torbellino inquieto y nervioso de diez años capaz de ensuciar todo lo que llevase encima. Javier, mientras tanto, bajó a la cocina a prepararse su desayuno preferido, un tazón de leche con una montaña de cereales que parecía el Kilimanjaro esperando a que le clavase la cuchara en su cima. Estaba cansada de decirle que no pusiese tanta cantidad, pero él responsabilizaba al tamaño de la caja de su torpeza, decía que era demasiado grande, la excusa perfecta para convencerme y evitar una regañina. Jamás reconocía sus fallos y siempre había algo o alguien a quien echarle la culpa de sus desastres. Yo estaba logrando a base de disciplina y paciencia que cada vez fuese lo más autónomo posible. Ejercía de padre y madre diariamente y no era fácil. Mi objetivo era tener todo bajo control aunque a veces no lo conseguía y explotaba sin motivo por lo más mínimo. Yo tampoco reconocía mis fallos y como válvula de escape recurría a la limpieza como terapia. Por ese motivo cada vez que su padre se lo llevaba por unos días, me sentía tan liberada de la presión diaria que desperdiciaba el tiempo en seguir ordenando.

Cuando nos separamos Carlos y yo Javier tenía cinco años y mi ex demasiadas ansias de libertad y poco espacio en su recién estrenada vivienda como para proporcionarle una habitación propia a nuestro hijo. Se mudaba a un apartamento pequeño en el centro de la ciudad, cerca de su trabajo, lejos del colegio y, para colmo, su horario laboral era incompatible con el escolar así que decidimos por mutuo acuerdo no compartir la custodia y quedármela yo. Sin embargo, Carlos no quería convertirse en un “padre visitador” ni estar marginado en la evolución de nuestro hijo. Yo tampoco quería que Javier tuviese la sensación de haber perdido a su padre, a pesar de ser pequeñito, no estaba libre de sufrir problemas de autoestima y emocionales, por ello acepté el consejo de la psicóloga en relación al papel que Carlos tenía que desempeñar. Javier debía recibir protección y autoridad de su padre, aunque yo no estuviese de acuerdo con lo segundo. Teníamos que evitar que se convirtiese en víctima de nuestra ruptura. Al principio fue difícil digerir esa sensatez, no obstante con los años todo aquello estaba dando sus frutos, Javier crecía equilibrado y feliz, algo revoltoso, eso sí, pero nunca tuvo ningún trauma por ser hijo de padres separados y mi relación con Carlos mejoraba con el tiempo. No fue necesario plantearnos cambios burocráticos con respecto a la custodia, lo estábamos haciendo bien y eso era lo importante, así que yo continuaba manteniéndola, sin embargo existieron días en los que se la habría cedido gratis y sin condiciones.

Mientras Javier desayunaba yo le repetía una y otra vez que se portase bien, que obedeciese a su padre, que no hablase mal, que no se olvidase de llamarme por teléfono; una lista de órdenes que estaba ignorando por prestarle más atención a los dibujitos de la televisión que a mí. Solo callé cuando el sonido del timbre y los ladridos de Kiko me interrumpieron dejándome con la palabra en la boca y con la sensación de no haber finalizado mi sermón. Javier corrió para abrir y fundirse en un abrazo con su padre. Kiko intentaba colarse entre los dos saltando y ladrando de alegría, él también quería recibir carantoñas de Carlos. A mí me saludó con un beso en la mejilla y un «hola, Marta, ¿cómo estás?». Había pasado casi un mes desde que no nos veíamos. Carlos estuvo fuera por trabajo, era arquitecto y colaboraba en un proyecto de una empresa extranjera en el sur de Francia lo que le obligaba a viajar frecuentemente a aquel país. En los últimos meses las visitas a nuestro hijo se habían distanciado por ello cada vez que tenía ocasión le compensaba con una sorpresa agradable, como la escapada a la nieve que ambos estaban a punto de iniciar. Javier esperaba con ilusión aquel viaje, le encantaba esquiar y disfrutaba haciéndolo con su padre. El nerviosismo y la impaciencia por marcharse se apoderaron de él, no pude despedirme con el protocolo adecuado ni con los besos y achuchones correspondientes, solo les deseé buen viaje con Kiko en mis brazos sujetándole bien fuerte para que no saliese corriendo tras el coche. El animalito gemía de tristeza, también le habría gustado marcharse con ellos y a mí que se lo hubiesen llevado para quedarme completamente sola. Me arrepentí de mi deseo, e intenté consolarle dándole un beso, realmente quería a Kiko mucho más que al principio cuando lo adoptaron. Me costó acceder a que Carlos le regalase un perro, mi hijo llevaba tiempo deseándolo y su padre estaba dispuesto a complacerle si yo lo consentía. Tardaron algunos meses en convencerme tuve que imponer mis condiciones y lo permitiría a cambio de que Javier se responsabilizara de algunas tareas como prepararse el desayuno solo, recoger sus juguetes, cuidar de que al perro no le faltase ni agua ni comida y educarlo para que no hiciese sus necesidades dentro de casa. Debía dejar las cosas bien claras antes de ceder a que un perro entrase en mi vida y así fue como, por un pacto, llegó Kiko a mí y ahora, sin embargo, no podría estar sin él.

Entré en casa dispuesta a enfrentarme con el reto que me había propuesto para ese fin de semana: organizar el sótano que andaba algo revuelto pero la sorpresa me la llevé al resbalar en la cocina por culpa del desastre que había dejado mi hijo. Los cereales desparramados por la mesa, parte de la leche derramada en el suelo, la cuchara sobre el cojín de la silla. «Ya arreglaré cuentas con este niño cuando vuelva» pensé muy enfadada. Ojalá hubiese tenido los poderes de la bruja Samantha, que con un movimiento de nariz lo habría recogido todo al instante, aunque eso solo pasaba en *Embrujada*, en la vida real, me tocó hacerlo a mí. Despegué aquella masa inflada y reblandecida de cereales de la mesa antes de que se secara y tenerla que desprender con una espátula. Mientras lo hacía pensaba en lo siguiente que limpiaría, si el baño o el salón o irme directamente al sótano. Estaba obsesionada por el orden y la limpieza, era sábado, no tenía ni que ir a la oficina ni responsabilidad de hijo y sin embargo solo pensaba en limpiar. Alguna chispa debió hacer contacto en mi cerebro, algo anormal debió ocurrirme en aquel momento, ya que lancé el paño al fregadero dispuesta a dejar aparcadas todas las tareas del hogar y salir de compras. Yo también me merecía un descanso, tenía una vida cuadriculada, iba de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Sentí la necesidad de escaparme a un centro comercial, tenía todo el tiempo para mí, podría probarme una montaña de trapos, zapatos o lo que me gustase sin la obligación de pasar por la sección de juguetes o videojuegos como cuando iba con Javier y no había manera de arrancarlo de allí. Tan solo con pensarlo me animé, el efecto mágico que me producen las compras creo que está demostrado científicamente que es milagroso, mejor que cualquier medicina, así que fui a por mi dosis de poción mágica decidida a regalarme un día diferente.

En menos de una hora ya estaba en el centro comercial dispuesta a explorarlo todo. Pasé parte del día probándome vestidos, zapatos, bolsos u ocultando mis ojos tras gafas glamurosas. Olfateé perfumes, me encerré en probadores que parecían estar diseñados para jóvenes esbeltas, eran estrechos e incómodos, apenas me podía mover dentro de ellos y para colmo los espejos desfiguraban mi cuerpo. Sin embargo, yo me sentía como una “*pretty woman*”, solo que no tenía ningún Richard Gere a mi lado pagando mis caprichos. Intenté abrocharme un pantalón pirata estrujando al máximo mi barriga y aguantando la respiración pero me rendí y tuve que ir a por la siguiente talla, una XL. Me decepcioné porque, hasta ese instante, no me había dado cuenta que estaba algo más gruesa aún así me lo compré, al fin y al cabo tenía la opción de descambiarlo si en el plazo de treinta días adelgazaba algo y me quedaba grande. Aquello me hizo sentirme culpable por no cumplir mi promesa pendiente, la misma de todos los años, la misma de todos los meses de enero: ir al gimnasio y sacarle partido a la matrícula que pagaba y jamás rentabilizaba.

Por la noche recibí la llamada de Javier estaba ilusionado y feliz contándome detalles del viaje, del hotel, de lo que habían hecho y de los planes que tenían para el día siguiente. Iba a dormirse pronto porque estaba cansado. Yo también me sentía igual, tras la mañana de compras y la tarde de limpieza estaba agotada; ya no era una chiquilla. A punto de cumplir cuarenta y cuatro años no solo me pesaban los kilos. Cuando el lunes llegué a la oficina a trabajar tenía dolores hasta en las pestañas de tanto limpiar pero me sentía satisfecha, no solo por haber conseguido mi reto del sótano, sino también por haberlo superado ordenando el interior de unos armarios. Los días pasaron muy deprisa, Carlos y Javier regresaron de la nieve casi sin darme cuenta y con ellos la rutina de siempre, las prisas de las mañanas, las obligaciones de las tardes y el cansancio de las noches. Afortunadamente el invierno pronto nos dejaría, febrero había entrando con temperaturas bastante agradables lo que nos permitía que los paseos con Kiko por el parque durasen algo más de tiempo.

Aquella tarde del viernes Javier estaba impaciente por salir, tras una larga semana de estudios necesitaba jugar y desconectarse. Yo le obligué a hacer algunos deberes antes de irnos de paseo, no los acabó todos, aunque me prometió que a la mañana siguiente los haría y que no encendería la televisión hasta que no los terminara. Siempre fue un niño aplicado para sus estudios y sacaba muy buenas notas, pero últimamente estaba algo más perezoso. Yo no debía bajar la guardia, aun así le di un voto de confianza y nos marchamos al parque. Él se adelantó porque me encontré a mi vecina, María, y paré para saludarla. Era una señora educada y encantadora la conocía desde que me fui a vivir allí, antes de que naciese Javier. Viuda desde hacía mucho tiempo, vivía sola me duplicaba en edad y tenía una lucidez mental e independencia envidiable. Su manera de hablar siempre me gustó, tranquila y cariñosa. Me alegré de verla, hacía un tiempo que no coincidíamos a pesar de que solo nos separan un par de casas. Estábamos conversando tranquilamente cuando mi hijo continuó su camino, tuve incluso que interrumpirla para gritarle a Javier que me esperase, yo no quería que se fuese solo para el parque.

Él siempre se enfadaba si yo me entretenía con alguien y me decía que ya no era un niño pequeño, que podía irse solo. Su impaciencia le superaba y aquella tarde no me obedeció. De repente se escuchó el chirrido de unos neumáticos agarrándose al suelo seguido de un golpe seco que nos envolvió cuando más relajadamente charlábamos. A mí me sobresaltó y a María le cambió la expresión de su cara en un segundo, su tez rosada y aterciopelada se transformó como una careta terrorífica de látex palideciendo y arrugándose al instante. Sus ojos abiertos me dieron tanto miedo que se me cortó la respiración y sus manos temblorosas me agarraron tan fuerte que sus uñas se clavaron en mi brazo. No vi nada pero la cara de María me lo contó todo. El tiempo se paró para continuar a cámara lenta. Mi mente gritó «¡Javier!» aunque de mi boca no salió palabra alguna, mis pies se habían adherido al suelo, aún así conseguí girarme y ver la escena. Mi hijo tumbado en el suelo, justo delante de un coche gris, su pelo le tapaba parcialmente la cara, ni había sangre ni Javier se movía. Yo no creía lo que estaba viendo, empecé a sentir mareos y calor en la cabeza. Aquella imagen se me tatuó en la retina, a Javier lo habían atropellado, sin embargo, yo pensaba que se iba a levantar de un momento a otro e iba a venir hacia mí. No fue así, él continuaba inmóvil, cuando al fin pude reaccionar y despegar mis pies del suelo salí corriendo hacia la carretera donde yacía inconsciente mi hijo.